

Nueva narrativa centroamericana: breve panorama II

Rodrigo Rey Rosa.
(Fotografía: Ulf Andersen/Getty Images)



Moisés Elías Fuentes

DENTRO DE LA ESCENA NARRATIVA CENTROAMERICANA, el guatemalteco-estadounidense David Unger es un caso extremo de la escisión entre identidad y “blanquitud”, tema abordado en la entrega anterior. Nacido en 1950, sus padres emigraron a Estados Unidos en 1954, el mismo año en que el coronel Carlos Castillo Armas, apoyado por Estados Unidos y la CIA, incitó a un golpe de Estado y traicionó a su patria, lo que propició cuarenta años de guerra, con etapas de alta y de baja intensidad, que laceraron de manera aún vigente a la nación.

Tanto en su obra literaria como en su labor de traductor, David Unger mantiene una relación íntima con la otredad. A la “blanquitud” que limita a otros exiliados, Unger opone el diálogo con las raíces originarias, sin traicionar por ello la cultura estadounidense en la que creció y se educó. Traductor de autores como Rigoberta Menchú, Elena Garro o Nicanor Parra, escribe su obra literaria preferentemente en inglés, pero un inglés salpicado de referencias centroamericanas. Es un escritor de “culturas híbridas”, según define el término Néstor García Canclini, es decir, las que derivan de la intersección de diversas culturas, que produce la interrelación de unas con otras y, por ende, su reacomodo y enriquecimiento. Una novela como *Vivir en el maldito trópico*, o un libro de cuentos como *Ni chicha ni limonada*, son ejemplos claros de esto.¹

¹ García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Random House Mondadori. Edición DeBolsillo. México, 2009.



Híbrida es también la obra literaria de otro guatemalteco, Rodrigo Rey Rosa, nacido en 1958, escritor que ha incursionado a la vez como cineasta. Su vida académica, que lo llevó a radicar en Nueva York y después en Marruecos, nutrió notablemente la curiosidad de Rey Rosa por la otredad en la cultura, al tiempo que le despertó un mayor interés por la experimentación, lo que se advierte en las apuestas novelísticas *El tren a Travancore* y *Caballeriza*, obras en las que se entrecruzan una prosa objetiva, tendiente al periodismo, con movimientos subjetivos que recuerdan los documentales poéticos en la línea de Juan Carlos Ruflo o Martín Caparrós.

Herederos de la influencia ineludible de Salarrué, los salvadoreños Horacio Castellanos Moya y Jacinta Escudos se mueven en un tenor paralelo, aunque no plenamente identificado con el de los guatemaltecos Unger y Rey Rosa. Ambos autores recurren al retrato de lo vernáculo, que en sus casos deriva en un retrato grotesco, desproporcionado, inquietante y hostil.

De familia salvadoreña, Castellanos Moya nació en Honduras en 1957. Al poco tiempo sus padres regresaron a El Salvador, donde se verificó la infancia y la juventud del autor, así como su formación académica. A partir de 1979, tuvo que exiliarse, con temporadas en Costa Rica, México, Estados Unidos y Alemania. Esa vida nómada, laborando como corresponsal de agencias internacionales y de periódicos como *Excelsior*, de México, y el hispano *La Opinión*, de Los Ángeles,

California, le sirvió para cimentar las bases de una visión crítica y bien documentada de los procesos de descomposición social en su país, lo que se refleja en narraciones agresivas, cercanas a la hiperviolencia, en las que se observa la poética de la crueldad. Sin embargo, el autor no se solaza con la descripción de la crueldad, sino que presenta un discurso en el cual lo que aterriza es la cotidianidad del mal, del horror, lo que se revela en obras como *Con la congoja de la pasada tormenta* y *La sirvienta y el luchador*.

Traductora, narradora, poeta, cronista, Jacinta Escudos también ha vivido etapas de exilio, aunque desde hace años radica de forma permanente en El Salvador. Para esta autora, nacida en 1961, la experiencia del exilio en varios países de Centroamérica y de Europa la llevó a establecer vínculos comunicantes activos y actuantes con otras visiones culturales, lo que deja ver en su obra narrativa, sobre todo en sus cuentos, que siempre procura publicar en El Salvador y en otros países del Istmo. Experimental, con gusto por el texto hiperrealista, pero también por el relato de tintes poéticos, Escudos se ha decidido por un discurso desde el que la femineidad trasciende la lucha de poder entre el hombre y la mujer, y se centra en la búsqueda de un punto de equilibrio entre los contrarios, que son al mismo tiempo complementarios, paradoja que la escritora aborda con singular ironía, como se constata en *Felicidad doméstica y otras cosas aterradoras* o en *Crónicas para sentimentales*.

Tintes de hiperrealismo mezclado con terror, con locura, se comprueban en la obra narrativa de la poeta, cuentista y catedrática hondureña María Eugenia Ramos. No tan prolífica como la salvadoreña Escudos, María Eugenia Ramos posee, eso sí, un mundo íntimo, con un manejo dúctil de las oraciones en pasado, que dan la sensación de que sus cuentos se hallan en una atmósfera de entresueño, como se aprecia en la colección de relatos *Una cierta nostalgia*. Si en Ramos se destaca el afán de concisión, en su compatriota Mario Gallardo, nacido en 1962, década de retroceso para una Honduras que buscaba el progreso y la justicia social, lo que encontramos es un afán de verbalización envolvente, que no permite vías de escape ante una realidad despendolada, desposeída de ideales y de asideros morales. Prosa de furias contenidas que el autor equilibra con referentes de la cultura popular con los que todos podemos identificarnos, hecho que marca su libro de cuentos *Las virtudes de Onán*.

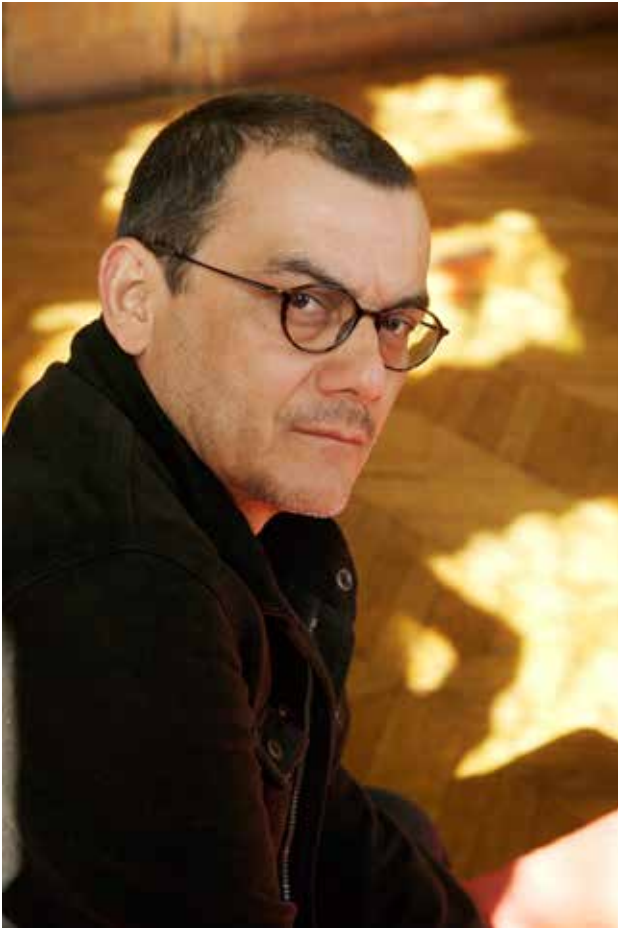
Cuatro países estuvieron envueltos directamente en las guerras civiles que asolaron Centroamérica en la década de 1980: Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. En los dos primeros las guerrillas no derrocaron a los regímenes dictatoriales y oligárquicos. En el cuarto país sí triunfó la guerrilla, pero su gobierno fue combatido con una guerra de baja intensidad que Estados Unidos financió de manera ilegal con dinero producto del narcotráfico. El tercer país fue utilizado, en violación flagrante de su soberanía, como base militar estadounidense contra sus vecinos.

En este contexto crece la generación nicaragüense de la década de 1990, con escritores nacidos hacia 1970 que describen desde su experiencia juvenil no sólo la vida cotidiana de un país en guerra, sino también las

intimidaciones de una nación que conoce la democracia como un bautismo de sangre y fuego. El principal aporte de dicha generación estriba en la hiriente ironía con que retrata un país que se pretende normal, obviando un capítulo histórico imposible de minimizar: la guerra y la polarización social en la década de 1980. María del Carmen Pérez Cuadra, nacida en 1971, con la colección de cuentos *Sin luz artificial*, y Arquímedes González, de 1972, con *Tengo un mal presentimiento* representan de manera aventajada lo antes dicho.

Si bien Costa Rica y Panamá padecieron las guerras de sus vecinos de manera indirecta, esto no obstó para contener la intervención estadounidense en la política de ambos países. Hay un sentimiento de desarraigo en la sociedad costarricense, al verse en un país incapaz de proteger sus raíces identitarias. Es lo que sale a relucir en la obra de autores como Rodrigo Soto y Carlos Cortés, nacidos ambos en 1962. La crisis de identidad la define Carlos Cortés con un título lapidario: *La novela perdida. Historia personal de la narrativa costarricense*, volumen que juega con la experimentación de géneros, juego atroz a la vez que purificador en que pone en tela de juicio el hecho mismo de ser costarricense, de una manera burlona e intelectualizada, como también lo hace Rodrigo Soto en su relato “Dicen que los monos éramos felices” y lo reitera en su antología personal, *Volar como ángel*.

La identidad nacional también escinde a los escritores panameños. Mediante voces como las de Ariel Barría Alvarado, nacido en 1959, y la de Carlos Fong, nacido en 1967, la literatura en Panamá revela sus dudas y miedos respecto de una nación que una y otra vez da la impresión de despendolarse. Aun con ello, la narrativa ha sabido pronunciar a la nación panameña



cuando ésta pareciera haber olvidado cómo hacerlo. No sólo eso: también ha sabido presentarse a sí misma con sus ocupaciones y preocupaciones, consciente de sus alcances y límites, lo que se refleja en la narrativa contrapuntística y ágil de Barría Alvarado, como constatamos en su libro *Al pie de la letra*, o en la de Carlos Fong, más inclinada al hiperrealismo y a la descripción, lo que se aprecia en los cuentos de *Fragments de un naufragio*.

La relación de los cinco países que formaban la capitánía general de Guatemala con Panamá no siempre ha resultado tersa. Con reticencias se aceptó que el país del canal pertenece por derecho propio a Centroamérica. Algo similar ocurre con Belice, que estuvo bajo la férula del imperio británico hasta que alcanzó su independencia en 1979. Treinta años después de ese hecho histórico se sigue excluyendo a este país multiétnico en que conviven y se retroalimentan el inglés, el español,

el maya, el garífuna y el creole de las antologías y los diccionarios literarios de la región.

Como dignos representantes de la literatura beliceña, apunto aquí los nombres de Zoila Ellis y de David Ruiz Puga. Nacida en 1957, abogada, escritora y activista social por convicción, reconocida su labor en pro de los derechos de la mujer, Ellis ha publicado, entre otros libros, la colección de cuentos *On Heroes, Lizards and Passion*, en que resume con buen ojo las vicisitudes de lo cotidiano. Como contraste, la narrativa del hispanohablante Ruiz Puga, nacido en 1966, se enfoca más a la comprensión del proceso social que ha llevado a Belice a ser una región multicultural, lo que se refleja en su novela *Got seif de Cuin* o en los cuentos reunidos en *La visita*.

Señalo aquí puntos comunes que hermanan a estos narradores, aunque no son los únicos que desarrollan en la actualidad los escritores en Centroamérica. El relato policíaco, los temas fantásticos, el hiperrealismo y el erotismo son otros rubros en que se aventuran, con mayor o menor fortuna, pero con la convicción de que estas incursiones son imprescindibles si de verdad se quiere el crecimiento perdurable de nuestras narrativas. A más de ello, hay que prestar atención al carácter multicultural en que se sustenta el entramado social, pues su presencia, a pesar del abandono en que ha estado, enriquece de manera palpable y duradera las manifestaciones culturales del Istmo. En estos autores, y en otros que la memoria y el espacio me impidieron incluir, se cimenta la nueva narrativa centroamericana, decidida a indagar en la vida cotidiana regional, pero también a dialogar con el entorno hispanoamericano del que forma parte. Narrativa viva y vigente de un Istmo decidido a ser por sí y para sí. ■■■